

## UN VIAJE ILUSTRADO HACIA LA IDENTIDAD AMERICANA

Gutiérrez Viñuales, Rodrigo. “Un viaje ilustrado hacia la identidad americana”. En: Martínez Calzón, Julio. *La pintura del siglo XIX. Una visión estético-conceptual*. Tomo III. Madrid, Fernando Villaverde Editorial, 2021, pp. 13-16. ISBN: 978-84-949647-1-8.

“Vivimos inmersos en una ultramodernidad acelerada y patológica, sometida al mínimo esfuerzo; y eso reduce nuestra memoria y nos dificulta interpretar el futuro... la cultura reposada y sólida sirve para interpretar y generar más cultura”. Hace unos días leía estas líneas de Arturo Pérez-Reverte, casi a la par de verme gozosamente inmerso en la lectura de esta tercera entrega de *La pintura del siglo XIX. Una visión estético-conceptual*, de Julio Martínez Calzón, clarividente ejemplo de esa “cultura reposada y sólida” que cada vez más pareciera ser un rara avis en la vida contemporánea.

Tiene entre manos el lector el producto de una tarea verdaderamente titánica, el extracto razonado de un archivo apabullante de imágenes de obras de arte del siglo XIX a nivel global, que supera las 100.000 referencias. Esta verdadera “hazaña”, tal como la calificaba Francisco Calvo Serraller en el prólogo del primero volumen de la serie, es el fruto de acopio y sedimentación de muchos años, que llevan la marca del motor esencial de toda investigación que se precie de trascendente: la pasión. Su autor, ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, satisfechas sus actividades en dicha profesión, halló en su entusiasmo por las artes del XIX otros caminos, otros canales y otros puertos en los que transitar y a los que arribar.

Los dos primeros volúmenes de esta obra monumental eran demostrativos de un frenesí por “hacer”, guiado por la firme convicción de llevar las indagaciones hasta las últimas consecuencias. En ello confluían tanto la tarea de inventariado a partir de libros y de internet, como una permanente reflexión y valoración de las obras que se iban sumando al repertorio: la sutil creación de un “museo imaginario”, como en su momento pudieron concebirlo el alemán Aby Warburg con su *Atlas Mnemosyne*, iniciado un lustro antes de su muerte acaecida en 1929 y que quedó inconcluso, o el francés André Malraux hacia 1947. Pensar en esto me trajo a la memoria al poeta, bibliófilo, artista plástico y cineasta argentino Alejandro López Medus, alma mater de El Glyptodón, histórica librería de viejo en Buenos Aires, quien pasó buena parte de su vida reuniendo “todas las fotos posibles” para crear una infinita base de datos total de la pintura argentina, proyecto que Alejandro me mencionaba cada vez que lo visitaba en ese templo de la porteña calle Ayacucho, a fin de que, de alguna manera, pudiera colaborar en su empeño de acercarse a la utopía.

Luego de haber experimentado el descomunal esfuerzo de crear su propio “museo imaginario”, y plasmarlo en un portal web y en dos gruesos volúmenes referidos a Europa y Estados Unidos, sin hacer caso a ningún posible signo de agotamiento, Julio Martínez Calzón sintió con naturalidad de que al menos había otro paso más que dar para que la obra quedara completa: estudiar al resto de las américas, a la llamada América Latina y a Canadá. Estos territorios, durante el XIX, estuvieron marcados en buena medida, en cuestiones artísticas, por la reelaboración de pautas “occidentales” aunque los creadores locales dotaron a éstas de parámetros simbólicos y semánticos propios.

Sería largo enumerar y mencionar a los historiadores de arte que han dedicado y dedican en la actualidad su tiempo a investigar y publicar sobre el siglo XIX americano, ámbito de estudio que goza de excelente salud y difusión a través de monografías, artículos y exposiciones a lo largo y ancho del continente. Muchas de esas referencias aparecen citadas en la amplia bibliografía del presente volumen, y reflejan el esfuerzo por contravenir una de las mayores desventajas que aún hoy, y más allá del alto grado de

circulación de información existente, nos sigue persiguiendo: la enorme dificultad que supone acopiar las publicaciones realizadas en cada uno de los países, producto de una difusión que queda reducida a ámbitos locales y que mayoritariamente carece de la capacidad de traspasar las fronteras. Pienso, por ejemplo, en las producciones de los países centroamericanos, tan escasas como tan desconocidas internacionalmente, lo mismo que las de la región antillana, a la que el autor presenta como las “Colonias del Caribe”. Otro singular mérito del libro consiste en ofrecer capítulos en castellano dedicados al arte de esa región y al arte canadiense, imbricados, además, en una lectura continental iniciada, como dijimos, en el segundo tomo de la obra, con Estados Unidos.

Sobre este escenario es que se fraguó la acción de Martínez Calzón, acometida dentro de la temporalidad propuesta por el historiador inglés Eric Hobsbawn, quien hablaba de la existencia de un “largo siglo XIX” iniciado con la Revolución Francesa en 1789 y culminado en 1914 con el estallido de la primera guerra mundial.

Esta periodización de claro cuño “occidental” se muestra válida para la América hispana, ya que la primera de las fechas marca el inicio de un proceso que culminará, tres décadas después, en las declaratorias de Independencia. A su vez, 1914, fecha tan cercana a la celebración de los Centenarios de la emancipación, con su carga simbólicamente identitaria y los oportunos balances, sumada a la crisis del modelo cultural europeo, referente ineludible hasta entonces, potencia la naciente mirada introspectiva y la revalorización de lo propio. En cuestiones artísticas, este momento marcará el afianzamiento de una modernidad con raíces autóctonas. Y es ahí donde rematan los puntos culminantes de los relatos nacionales que ofrece el presente libro, con las semblanzas y análisis de artistas bisagra y todos rigurosamente activos ya en el XX, como el mexicano Saturnino Herrán, el argentino Benito Quinquela Martín, el uruguayo Pedro Figari, el paraguayo Jaime Bestard, el boliviano Arturo Borda, el peruano Enrique Domingo Barreda, el ecuatoriano Víctor Mideros, el colombiano Ricardo Gómez Campuzano, la brasileña Tarsila do Amaral, el guatemalteco Carlos Mérida, el cubano Víctor Manuel o el canadiense Alfred Joseph Casson.

El incuestionable propósito didáctico del libro lleva al autor a plantear, para éste en general y para sus distintos apartados, diversas introducciones históricas -en casos acompañadas de mapas explicativos-, en las que trata, de manera reflexiva a la vez que amena, aspectos del periodo colonial y las causas de su final, como asimismo referencias a la historia contemporánea en torno a la época de las emancipaciones hasta llegar a los Centenarios. Este necesario ejercicio, que sin duda incide en las narraciones parciales de los artistas tratados, se erige en una eficaz herramienta de aproximación para quien luego vaya a sumergirse en los contenidos centrales, es decir en esas trayectorias individualizadas de cada uno de los creadores.

Los itinerarios de los artistas seleccionados y tratados en el libro están organizados a partir de una estructura determinada por un cierto orden cronológico que es a la vez estético y conceptual, a través del cual se teje una red que proporciona interpretaciones globales, en sus partes y en el todo. Esta estrategia permite advertir las transformaciones internas producidas en cada uno de los países, casi como una narrativa en la que se suceden la retratística de la época independentista con especial atención a la de próceres y prohombres del periodo, las representaciones pictóricas de los hechos clave (las batallas por la emancipación, los juramentos, las declaraciones) y las alegorías. Siguen el auge de la pintura de paisaje y de costumbres de la mano de los viajeros del romanticismo europeo y de los artistas populares autóctonos, tan emblemáticos en la conformación de un corpus documental que nos ha permitido entender, a través de la imagen, los cambios urbanos y sociales del continente. Un momento ulterior lo marca la creación y consolidación de las academias, coincidiendo con la estabilización política de las nuevas naciones, y, en ese

marco, el auge de la pintura de historia y la de temática social, herencia contemporánea de las escuelas europeas. Sobrevendrá, en la recta final, la reformulación estética y simbólica del paisaje y las costumbres, atravesados por nuevas formas como la de los impresionistas franceses o los *macchiaioli* italianos, pero ahora con el añadido de un sustento nacionalista y continentalista que los legitimaba como la verdadera esencia de un “arte nacional”. Coexisten en el tiempo con ambas vertientes las propuestas simbolistas y modernistas que dejan abierto el sendero hasta la llegada de los lenguajes de vanguardia. Bajo estos planteamientos, el libro adquiere, a nuestra mirada, un doble cariz: es un libro que se lee como una historia ilustrada, o que puede abordarse como una atractiva narración visual sustentada textualmente.

En una sociedad de la inmediatez, donde pocas cosas parecen sedimentar y hacerse sólidas, trabajos como éste plantan cara a aquella desazón expresada por Pérez-Reverte que mencionamos al principio de estas líneas y trastoca sus postulados: este libro sí es capaz de ampliar nuestra memoria y nos posibilita interpretar el futuro. Y Julio Martínez Calzón lo hace con una actitud de valentía, moviéndose al margen de las modas tanto en lo que atañe a la elección de la centuria que estudia (el XIX) como al modelo estructural elegido, en una época de creciente cuestionamiento de los manuales como metodología válida para la historia del arte, cuyos detractores se muestran incapaces de entenderlos como lo que son: verdaderas e imprescindibles puertas abiertas al desarrollo embrionario de cualquier conocimiento. Venciendo estas rémoras, este monumental trabajo, el tomo “americano” en sí pero también como parte integrada sustancialmente a la obra completa de tres volúmenes, está llamado a trascender en el tiempo, y a permanecer como un testimonio de pasión por la investigación, de exhaustivo acopio de referencias, de lúcida reflexión estética, de expresión de un pensamiento libre, y, en definitiva, a convertirse en punto de partida hacia nuevos estudios para quienes deseen experimentar el placer de sumergirse en el apasionante siglo XIX americano.